

“AÑO BISIESTO”

DE JOSE ANGEL BUESA

PALABRAS DEL DR. MARIANO LEBRON SAVIÑON



ALBOREABA mi adolescencia y en lo profundo de mi corazón cantaba un poeta; como el grupo de amigos compañeros con quienes me reunía a leer versos al rescoldo respetable de mi hogar y a hacer atrevidos pinitos en filosofía, yo también pergeñaba versos reticentes y saltantes, casi siempre de amor. Porque ya empezaba a sufrir, como si torturaran mi alma agujones perfumados con la ambrosía llevada para el mérito quehacer, amores imposibles, retozantes en el triste anhelar de mi puericia. Amar calladamente es sufrir y para sufrir el arrobo de un amor que, aparentemente, nunca llegará, Bécquer era el ídolo que a través del tiempo, por un milagro imposible del deseo, musitaba sus versos desgarradores:

*Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado,
hoy creo en Dios.*

Y un día un crítico poeta, Pedro René Contín Aybar, que solía visitar mi morada, llegó con un libro en la mano. Y leyó unos versos que sonaron allí como canción adorable en languidez de tarde en agonía:

*Pasarás por mi vida sin saber que pasaste,
pasarás en silencio por mi amor y, al pasar,
fingiré una sonrisa, como un dulce contraste
del dolor de quererte ¡Y jamás lo sabrás!*

Esos versos eran conocidos ya, porque Fabio Fiallo los trajo de Cuba y los hizo publicar, ponderando las cualidades de su autor, un poeta cubano de nombre José Angel Buesa. El nombre sonaba allí como el de un desconocido. Con el tiempo sería —como aún lo es— (aún por encima del Héctor Díaz, cuyas eróticas quejumbres esparcían como mariposas de sueños, desde la boca en flor de núbiles doncellas apasionadas, hasta las bocas bohemias de románticos trovadores nocherniegos), el más popular en mi país.

Nos lanzamos, golosos, sobre el libro. Apasionó. Robó el sosiego de muchos y el “jamás lo sabrás”, fue un ritornelo melodioso repetido incansablemente. Pero pronto se acercó al “Poema del Renunciamento”, con afán de primacía, el “Poema de la Despedida”.

*Pero al quedarme sólo, sabiendo que te pierdo,
quizás empiezo a amarte como jamás te amé.*

Esos alejandrinos tenían no sé qué de recóndito encanto que se metía en lo hondo del alma con obsesiva pertinacia.

*Te digo adiós y acaso con esta despedida
mi más hermoso sueño muere dentro de mí,
pero te digo adiós, para toda la vida,
aunque toda la vida siga pensando en ti.*

Yo, sin embargo, me inclinaba por otro poema del libro que me arrebatava. Todavía sigue obsesionándome:

*Era el silencio miel sobre seda
y era un ungüento de paz la brisa;*

*yo iba del brazo con tu sonrisa
por la alameda*

Con aquella imagen plástica y oportuna:

*Como amputando gestos sombríos
bruñó la luna su filo de hacha,
y retorciendo sus dedos fríos
cruzó una racha.*

Rematando con aquella multiplicación de besos, que, no obstante ser un alegre aspaviento de amor, se me antoja triste como la rota nostalgia de un muelle abandonado entre la niebla húmeda:

*Yo unté de besos tu boca roja,
tu boca dulce como un regreso,
y en cada árbol fue cada hoja
un eco verde de cada beso.*

No sé por qué, aunque no hay afinidad alguna, esta imagen me recuerda a los besos de Pelleas a Melisanda, uno por cada hebra de sus cabellos, del sombrío poema trágico de Maeterlink.

Pasó el tiempo y un día conocía a José Angel Buesa en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña e hice un afortunado descubrimiento. El poeta con cuyas rimas tantos han soñado y amado y han sido presa de dulces ensoñaciones, más que poeta es hombre de densa cultura y un gran conversador. Con un pasado rico, lleno de aventuras emocionantes y adorables, pero en el fondo de cuya alegría trema la nostalgia dolorosa del río que pasó y ya no vuelve dejando solo, como ráfagas melancólicas, el recuerdo de su rumor de agua y la música marímbica de sus cantos rodados.

Así lo vemos en su libro AÑO BISIESTO (Autobiografía informal), cofre de aventuras líricas, de digresiones lucubrantes, de episodios y experiencias enriquecedoras. Escribe

como habla: con franqueza, y el humorismo que tiembla, como fulgor astral en noche oscura, no es rejalgar de agrios enconos, sino la euforia de vivir y haber vivido con riqueza de alma y sanidad de espíritu.

Yo no sé por qué José Angel Buesa, que es el poeta del amor triunfante, me recuerda tanto a Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta del amor imposible, que vivió y sufrió la búsqueda de una pálida Ofelia dolorosa, de una mujer que nunca llega a la triste orfandad de su vida horra de ternuras. Quizás alguna vez, y sin quererlo, el poeta nos ha descubierto la clave de esta afinidad. Hay que leer sus versos para asomarse a sus evocaciones y lo veremos pasar solitario, bajo pérgolas de sueños con la oferta de un parral, en la espera de una mujer que no llega. O de un amor que pudo ser eterno y se quedó tan sólo en el relámpago de la mirada quieta y el silencio de la voz dormida. O fue la intransigencia la asesina de una posible pasión. Como sucede en Bécquer cuando dice:

*Asomaba a sus ojos una lágrima
y a mi labio una frase de perdón,
habló el orgullo y se enjugó la lágrima
y la frase en mis labios expiró.
Hoy voy por un camino, ella por otro,
pero al pensar en nuestro mutuo amor,
yo digo aún: "¡Por qué no hablé aquel día!"
Y ella dirá: "¡Por qué no lloré yo!"*

Y recuerdo también a nuestro Henríquez, caballero del mundo y del nocturno, cuando sentado a la mesa de un restaurante vio frente a sí los ojos deslumbradores de una mujer que le miraba concitando la cólera de su anfitrión, quien llevóla bruscamente de allí. El poeta quedó entre nieblas de angustias apresando en un ademán de luz de su mirada triste el rastro de aquélla que partía para siempre jamás:

*Cuán agoreramente aquella noche
finó la cena, asida al brazo de él,
partió confiada la mujer hermosa,
partió confiada y no la he vuelto a ver.*

Más afinidad aún encontraremos en el poeta de AÑO BISIESTO y nuestro Fabio Fiallo, trovador de la amada incógnita perdida en el confín de una triste galería de sueños; aquella que

*Deslumbradora de hermosura y gracia
en el atrio del templo apareció.*

La reiteración del "Menos yo" en Fiallo, es un obsesionante ritornelo de un gran poema que se da la mano con ese doloroso: "Y jamás lo sabrá". Es cosa curiosa que "El poema del Renunciamiento", el más popular de todos los poemas hispánicos sea precisamente el tema del amor imposible ¿Quién es esa mujer"? No es un nombre, ni una cara, ni un asombro, ni un símbolo. Esa mujer que pasó inadvertida por la vida del poeta, ha recorrido muchas calles desoladas; yo también la sentí una vez silenciosa y esfuminada en el penumbroso claror de mi alma. Pero quizá fui indiferente al fulgor lunar de su sonrisa o no pude descifrar el mensaje que vino desde sus ojos a los míos, por el río de luz de su mirada. A veces el impedimento no está en nosotros, sino en la indecisión pueril con que se añian los que aman. Como el campesino de áspera tez torrada por el sol y encallecida mano, que dice con mélica quejumbre:

*Quisiera veite y no veite,
quisiera hablaite y no hablaite,
quisiera encontraite sola
y quisiera no encontraite.*

El tema del amor imposible, viviente en Petrarca, en su sonetario sublime que fue la aurora, con bermellones de oro y ardientes tules del renacimiento, es eterno. Por eso Buesa inicia

su libro con un epígrafe de Hugo von Hofmansthal que dice: "Muchos destinos se entretajan con el mío". Y una pregunta que alguien le hizo el tercer día de su Año Bisiesto (de 1976), lo indujo a apuntar en un Diario: "Hoy, una vez más, alguien me ha preguntado que si yo escribo versos anecdótica o imaginativamente; es decir, que si me refiero a hechos realmente vividos — y vividos por mí —, o no. Y hoy una vez más he respondido que sí. Y he sonreído por fuera, entristeciéndome un poco por dentro, no por lo mucho que he escrito ya, sino por tantos poemas bien vividos que he dejado sin escribir".

Pero Buesa canta a veces jocundas aventuras de amor; intrigas que parecen entretajadas en la corte de una marquesa Pompadour o en la de España, donde cierto caballero francés, a manera de fisga, dijo a un castellano de pequeña estatura, que obsequiara a la dama acompañante con una rosa que se balanceaba fuera del alcance de su mano. Ni corto ni perezoso el compatriota de Quevedo sacó su espada y tronchó la flor que cayó en su mano, diciéndole al gabacho: "En mi patria, cuando los hombres no logran lo que quieren con la mano, lo ganan con la espada". Así, el poeta escribe en un sábado 10 de enero de su Año Bisiesto: "...me he puesto a pensar que yo podría escribir un grueso volumen con evocaciones exquisitas o indecentes sobre ese tema (el del amor)...."

Sí, pero entonces ¿por qué ese tono de tristeza (y vuelven a mí con alucinante pertinacia el recuerdo de Bécquer y de Fiallo) — en ese poema de la despedida y en ese domingo triste? Cuando evocamos amores que se fueron, tengo la sensación de que ráfagas de recuerdos llenan de luto un jardín con una inundación de pétalos dispersos, con un dolor de flores deshojadas. Es verdad que queda mustio el rosal pero flota en el hueco de ausencia de cada flor la dolorosa sensación de su aroma moribundo. Y el poeta llena su calendario de esperanza con las flores dispersas de unos nombres:

*En aquella lejana primavera
que se parece tanto a la de ahora,*

*era Clara, era Luisa o era Dora
o era Esther, o era Martha o la que fuera.*

*Hoy todas han de ser de otra manera
porque el tiempo, que nunca se demora,
acaba anocheciendo cada aurora
como acaba apagando cada hoguera.*

*Sí, es verdad, Carmen, Laura, Berta, Flora...
Pero hay otra verdad más verdadera
para mi corazón que no la ignora;*

*pues yo tampoco soy aquél que era
en aquella lejana primavera
que ya no se parece a la de ahora...*

Hoy ponemos a circular este libro singular y asaz interesante del poeta cubano que comparte con nosotros en esta UNPHU afanes y esperanzas. Y viene con amable compañía: el segundo tomo del "Epistolario Intimo" de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes y el segundo tomo de mi "Historia de la Cultura dominicana". Y me es doble recordar que del Epistolario saldrán cuatro y de mi Historia cinco.

Del primero de los dos libros brilla aquí la ausencia de Juan Jacobo de Lara, quien ha compilado las cartas de los dos grandes humanistas continentales. De mi libro nada puedo agregar a lo ya dicho con la aparición del primer tomo.

En cuanto al Año Bisiesto, no puedo terminar esta presentación sin ponderar el homenaje que José Angel Buesa, hace al Padre de la patria, Juan Pablo Duarte, en las páginas finales de sus evocaciones.

Es admirable y enorgullecedor que los cubanos hayan mostrado admiración sin límites por la figura apostólica y pura de Juan Pablo Duarte. Ellos, que tuvieron su Martí, no pueden soslayar a quien en el Tabor de los sacrificios lo dio todo por la libertad de su patria.

Cuando José Angel Buesa, radicado, por fortuna nuestra, en la República Dominicana, escribía su Diario, nosotros conmemorábamos el centenario de la muerte del gran apóstol. Y Buesa le dedicó un largo poema en once partes: 1822, El viaje, La Conspiración, 1844, El exilio, 1864, Caracas 1876, La resurrección, El regreso, La estatua y El centenario.

El poema es una popeya con resabios líricos, ese lirismo del que el poeta no puede prescindir porque vive hacia adentro, hacia el alma en entrañable y sempiterna vida interior.

Recuerda cómo un día negro y trágico del año 1822, las hordas negras del oeste, como un enjambre de langostas sobre un arrozal se abaten sobre la pobre patria desvalida:

*Sopló un viento de espanto en las Antillas
y, en esta tierra triste que tan alegre fue,
se puso en pie una tribu que estaba de rodillas
para ir arrodillando las que estaban en pie.*

*Así triunfó el más fuerte, no el más bravo;
así el alud del odio fue incontenible alud;
pero nunca merece ser libre quien fue esclavo
y le impone al que es libre su antigua esclavitud.*

Hay una catástrofe peor que el hundimiento de Roma bajo el furor de los bárbaros que ahogaron, en un naufragio colosal, sus tradiciones y el legado incomparable de su cultura. Un silencio de tumba se esparce por todos los ámbitos de la patria: se callan sus amores, su pasado esplendor, sus canciones y hasta el rumor de cielo de sus coplas. Las melodías de piedra de sus góticos templos se mancillan. Pero hay un adolescente blondo y soñador, que parte a Europa en busca de refacción para sus ideales, de pan para sus sueños, en una goleta española:

*Es un viejo navío de remendadas velas
navegando en la ruta de las tres carabelas.*

Y ese viaje fue definitivo para el ideal que culminará con el grito de Libertad:

*Aquel joven regresa con los ojos seguros
de quien entra a una cárcel para romper los muros.*

Y conspira:

*Ya Juan Pablo es el guía,
el hermano de todos y el maestro también,
y mientras pasa el viento por la calle vacía
hay un fulgor de estrellas en el viejo almacén.*

Desde el almacén de la Atarazana, entre infolios de cuentas y ventas rutinarias deberá surgir la acción:

*Muy pocos saben cuándo. Muy pocos saben dónde,
y al fin resuena el grito de la Puerta del Conde.*

Y él no estará presente, sino en el exilio en el momento decisivo, pero su regreso será triunfal: Ahora

*No es sólo el Padre de la Patria: Ahora
será el más joven general que existe,
un general que ante su madre llora,
un general con la mirada triste.*

Y vienen a él, como bandadas de graznantes cuervos, las intrigas, los odios, la protervia. La ambición desbordada que lo estraga todo, y el exilio otra vez.

*El mar, de nuevo el mar, y luego el río,
el terrible Orinoco interminable,
como una religión para el impío,
como una redención para el culpable.*

*Fauces de horror en las fangosa playa,
zarpa esperando en la intrincada selva,
fiebre mortal para que nadie vaya
y, si alguien fue, para que nadie vuelva.*

Sí, Juan Pablo Duarte vaga desolado y triste, con nostálgica hurañez por selvas enmarañadas preñadas de peligros, de soledad y cantos tenebrosos. Pensando, sí, en la patria a la que no ha de volver mientras la morten las pasiones que desgarran sus vírgenes entrañas. Mejor la soledad, la carcajada de simios arbolados, el silbo taimado de la sierpe y la horrenda pasión hemófila del vampiro. Mejor su soledad desamparada.

*Horrendas noches con hogueras tristes,
con los pumas en diálogos huraños.
y nadie sabe cómo lo resistes
por tantas noches y por tantos años...*

Pero un día sabe que la patria es esclava de nuevo y el pabellón de España apresa entre los pliegues de su crespón la libertad soñada, y regresa cansado, agónico, envejecido, pero optimistamente viril a dar su vida para que sea de nuevo libre la bien querida de la Libertad:

*Juan Pablo Duarte ha vuelto —¿quien es Juan Pablo
Duarte?*

*ya están rotos los puentes entre el ayer y el hoy
y Dios está muy lejos o mira hacia otra parte
cuando un anciano dice, simplemente: "Aquí estoy".*

Ya no lo necesitan. Las juventudes que ahora luchan en hazañas casi legendarias ven con recelo al anciano que va a terminar sus días en la Caracas señorial de antaño con parvedad de urbe tranquila.

*Viejas calles nocturnas, tapias de enredaderas,
parques para los niños, rejas para el doncel.*

*Y hay hombre vencido que va por las aceras
recordando una patria que lo ha olvidado a él.*

*Allá, en su hogar humilde, sin la humilde alegría
de quien mece una cuna, de quien riega una flor,
sólo tiene un hermano con el alma vacía,
y dos hermanas tristes viviendo sin amor.*

Y en una tarde triste con lluvia caraqueña, con lluvia lenta
y fría como escarcha otoñal, el hombre heroico y triste, como le
llamó Rafael Esténger, otro cubano que amó mucho a Duarte, el
Apóstol de las libertades dominicanas, murió:

*Tuvo la sed sagrada
de la justicia y se murió de sed,
con un golpe de mar en la mirada
y un viejo crucifijo en la pared.*

*Al morir sonreía
como quien cuenta un cuento sin final,
como muere la tarde de otro día
en el agua de un pozo de cristal.*

*Murió de muerte entera,
como quien cumple el último deber,
o como si de pronto amaneciera
y nunca más volviera a anochecer.*

Pero Duarte murió para que alcanzase vida eterna en la
vida y en la muerte. Debió morir para que el mundo
comprendiera su grandeza.

*Alguien dijo de nuevo: "Es nuestro guía".
Alguien volvió a decir: "Que Dios te guarde".
Y aquel hombre fue un sol que amanecía,
pués para el sol que muere cada día
nunca amanece demasiado tarde.*

Y un día de 1844 regresa a la patria, entre clamores, hecho osamenta deleznable, pero con irradiaciones de eternidad:

*De nuevo el mar, Juan Pablo, y el gentío en el puerto,
y las mismas campanas de aquel remoto ayer:
Ya nadie ha de envidiarte, porque regresas muerto;
ya nadie ha de temerte, pues vuelves sin volver.*

*Todavía hay un odio con la saliva amarga;
todavía, en la sombra, se emboscará un rencor;
pero saldrás ileso de la postrer descarga
con cada plomo injusto convirtiéndose en flor.*

Sí, la “Vida Gloriosa y Triste de Juan Pablo Duarte”, como titula el cubano Rafael Esténger, que ama a Duarte más que muchos dominicanos que hoy lo denigran, su biografía, se remoja y se hace altiva en los versos, frescos con sempiterno frescor de agua que nace, de José Angel Buesa, en cuyo libro que ponemos a circular hoy, vemos los avatares de una vida enriquecida por el triunfo. Poeta alegre, que pone a vibrar, en sus cubanos aspavientos de regocijantes evocaciones, un corazón que parece no tocado por la pena. Pero no os engañéis; en el tremor de esas notas de cuerdas sonoras, se oye el lamento doloroso del oboe, y a veces, hasta los trémolos sollozos de los violoncelos. Hay muchos amores muertos en su vida, y muchas tumbas, como en Osvaldo Bazil, en su alma. Y la saudade desgarrante de una patria a la que no se vuelve y aunque ahora vive en una que es casi suya, allí están sus recuerdos de infancia, sus muertos adorables. Pero no habrá lágrimas en sus ojos, no habrá miserias en su corazón. El tiene refacción de amor y de esperanza. Y es para nosotros orgullo y satisfacción que sea Juan Pablo Duarte quien lo inspire con la imagen perfecta de su Martí.

*General de la pena se calla,
cristianamente pobre en el camino;
general del pupitre campesino
que es tu más noble campo de batalla.*

*Yo estoy contigo, apóstol trinitario,
yo, que tengo de luto mi bandera,
y te ofrezco un laurel, a mi manera,
para la gloria de tu centenario.*

*Y, para ser igual que el campanero,
que repica lo triste y lo entusiasta,
con mi 20 de mayo a media asta
canto tu 27 de febrero.*

*Y canto la alegría de cantarte
bajo este cielo tuyo y casi mío,
general de la lluvia y del rocío,
hermano de Martí, Juan Pablo Duarte.*